

LA ENCARNACIÓN Y SU SIGNIFICADO

23 – 07 - 1.995

¿Porqué y para qué vivimos?

Estas preguntas surgen si analizamos atentamente el fenómeno de la vida en nuestro planeta, relacionadas con el hecho biológico.

Para algunos podría tener una respuesta satisfactoria si la vida pudiese ser encarada bajo un ángulo estrictamente material. La vida resultaría de un fatalismo o de un accidente fortuito, cuya probabilidad de ocurrir en el universo se habría transformado casi en certeza, gracias a la inmensa disponibilidad de tiempo, espacio y número de ensayos. Según esa idea, la vida surgió y continuará urgiendo, porque la materia, en circunstancias dadas, puede adquirir condiciones para evolucionar químicamente hasta alcanzar el estado biológico. Sin embargo, esta posición materialista se enfrenta con el problema de la entropía, es decir, la tendencia al desorden que impera y tiende a aumentar en el planeta.

La vida en cambio, se manifiesta exactamente como un fenómeno creador de orden.

En termodinámica se habla de:

1. Sistema aislado: no intercambia ni materia ni energía con el exterior.
2. Sistema cerrado: apenas intercambia energía con el medio exterior.
3. Sistema abierto. Intercambia materia y energía con el medio externo.

En el primero crece la entropía, en el segundo puede obtener un equilibrio termodinámico por la importación y exportación de energía, y en el tercero, también es posible el equilibrio termodinámico a través de la importación o exportación de energía directamente y/o conducida con materia, también intercambiada con el exterior.

Los sistemas vivos son típicamente abiertos. Necesitan mantener un permanente intercambio de materia y energía con el medio exterior, sin el cual perecen.

El funcionamiento de los más simples organismos vivos envuelve millares de componentes, y es susceptible de una interpretación termodinámica.

La vida se presenta como un proceso que sugiere la intervención de fuerzas organizadoras en acción, al lado de determinaciones químicas procedentes del código de información encerrado en las cadenas moleculares de los ácidos nucleicos.

La idea de una fuerza o principio vital no es nueva. Por el contrario, la interpretación inicial del fenómeno biológico casi siempre tendió hacia el dualismo espíritu-materia. El espíritu sería el elemento vitalizador de la materia. Aún sin aceptarse la existencia de un espíritu, era creencia generalizada, que la vida depende de una fuerza o fluido vital capaz de animar la materia.

Por lo tanto, lo que caracteriza la doctrina vitalista es la necesidad de un principio irreductible al dominio físico-químico, el cual se supone indispensable para vivificar el organismo material. Admite que la salud y la enfermedad tienen relación con la mayor o menor cantidad de tal fluido en el organismo.

La concepción vitalista sufrió varias innovaciones. Modernamente, el reduccionismo procura reducir toda la fenomenología biológica a procesos exclusivamente físico-químicos y fisiológicos.

En el accidentado y extenso camino del conocimiento, ninguna idea surge de inmediato y completa.

La predominancia temporal de una determinada corriente de ideas, no siempre excluye definitivamente, la contraria. De su interacción puede nacer una idea síntesis, cuyo espectro sea más amplio y explique mejor los hechos. Esto está sucediendo con el vitalismo y el reduccionismo.

El concepto espiritista coordina estas corrientes.

El campo de fuerza organizador es el espíritu que moldea la materia y el organismo que le servirá de instrumento en la encarnación.

Decía el notable científico inglés Oliver Lodge:

“En la tierra encontramos la vida clara y distintamente asociada con la materia, y no de otro modo. En las criaturas superiores y en el ser humano, observamos que la vida se manifiesta en la inteligencia. Así hemos llegado a la conclusión tácita de que la vida y el espíritu sólo pueden existir asociados a la materia; y cuando en el orden natural, el vehículo de la vida perece y se abandona, nos inclinamos a creer que la vida y la inteligencia emancipada han dejado forzosamente de existir.

Sin embargo, lo extraño del caso sería, no que sobrevivan a su envoltura material, sino que se incorporen en efecto a la materia, dado que la asociación de la vida y el espíritu en la materia es una cosa excepcional, y que en realidad, ambos se encuentran más a gusto en la región cósmica interplanetarias que las ciencias ortodoxas, tanto psicológicas como biológicas, han pasado hasta ahora, en general, por alto.

Admito la necesidad de un vehículo corporal de cualquier género para el funcionamiento práctico de la inteligencia, pero no supongo que el cuerpo tenga que hallarse formado exclusivamente por el conjunto de cargas eléctricas opuestas que acostumbramos a llamar “materia”.

Yo puedo imaginarme otra estructura etérea, tan sólida y sustancial como la materia ordinaria, pero que difiere de ella por el hecho de que no apela a nuestros órganos sensoriales, ni puede someterse al control muscular directo.

Las distintas partículas que componen cualquier bloque de materia se mantienen unidas gracias a las fuerzas unificadoras de cohesión, afinidad química y gravitación.

El cuerpo material que nosotros vemos se mantiene unido por un cuerpo etérico. Las partículas animadas por el cuerpo etéreo están en constante mudanza, son advenedizas y transitorias, molestas o morbosas, a veces, y en definitiva, el cuerpo material degenera.

Resumen de los postulados o conclusiones

1. La actividad del espíritu no se limita a sus manifestaciones corporales, si bien es cierto que el espíritu necesita un mecanismo material para desplegar su actividad en nuestro caso.
2. El mecanismo cerebro-muscular, en unión del resto del cuerpo material, constituye un instrumento construido, gobernado y utilizado por la vida y el espíritu, instrumento que puede deteriorarse o degenerar hasta el extremo de impedir su útil empleo a la entidad que lo gobierna normalmente, y la señal de esta degeneración o deterioro puede ponerse de manifiesto sin que ello nos autorice a sacar otra conclusión que la de que el conducto o eslabón que une al espíritu con la materia se ha obstruido o estropeado.
3. Ni la vida ni el espíritu dejan de existir cuando se separan de su órgano o instrumento material: lo único que ocurre es que dejan de funcionar en la esfera material del modo que podían hacerlo cuando el instrumento

estaba en condiciones. Lo cierto es que no hay nada real que deje de existir; lo único que hace es cambiar de forma.

4. Lo que llamamos “el individuo” es una encarnación concreta o asociación con la materia, de un elemento vital o espiritual que posee por su parte, una existencia continua. La identidad, o en su grado superior, la personalidad, no depende por cierto de la identidad de las partículas materiales que la despliegan; sólo puede ser atributo de la identidad gobernante que mantiene unidas dichas partículas durante algún tiempo, pues sabido es que puede desecharlas y renovarlas en el transcurso ordinario de la vida sin que ello afecte los más mínimo a su propia continuidad.
5. El valor de la encarnación estriba en la oportunidad obtenida de este modo para la individualización de una parte de mentalidad específica y gradualmente creciente, aislándola y privándola de su primitivo ambiente cósmico y permitiéndole desarrollar una personalidad característica de su organismo peculiar.
6. Si esta individualidad o personalidad es real, hay grandes motivos para suponer que, al igual que todas las demás entidades reales, tiene que subsistir y sobrevivir, por tanto, a su separación del organismo material que le ayuda a aislarse e hizo posible sus características individuales o “carácter”.

El espíritu utiliza la materia y la domina, la usa para la demostración y la ejecución, la emplea como vehículo de sus manifestaciones, pero es un gran error identificar el pensamiento y la personalidad con el conjunto de átomos.

El cerebro es una masa pulposa de materia, organizada de modo misterioso para reaccionar al pensamiento y recibir y transmitir impresiones; pero el cerebro no piensa, ni planea, ni ve, ni ye. Únicamente el espíritu realiza estas funciones mentales, y el cerebro es su instrumento. Sin este y sin su coordinación nerviosa y muscular seríamos incapaces de mover la materia, e incapaces por tanto, de hablar, escribir, transmitir muestras impresiones o expresar nuestros pensamientos.

Todo nuestro cuerpo material es un conjunto de átomos hábilmente reunidos para crear una estructura adaptable de maravilloso ingenio y belleza. Cada una de sus partes tiene asignada una función, y así vivimos ahora por la cooperación y funcionamiento acorde de todo el conjunto. Así es como vivimos en la tierra y como nos damos a conocer a los que se encuentran en nuestro mismo caso.

Las partículas que componen nuestro cuerpo fueron extraídas de sustancias vegetales y animales por la entidad interna o psíquica que llamaremos alma, y que no pretendemos conocer a fondo. Pero en esta entidad radica la personalidad, el carácter, la memoria, y no en el mecanismo.

Confundir nuestra existencia real con su instrumento es simplemente estúpido.

La misma forma del cuerpo no depende de nada material, no depende de la naturaleza del sustento. No hay la menor identidad personal en las partículas ni en su agregado. La identidad personal pertenece al alma, al vivificante principio animador que las reúne y que asigna a cada partícula su función.

La física y la química del proceso pueden ser estudiadas; pero la fuerza interna immanente, reguladora, escapa a nuestro conocimiento. Todo obedece a una

ley y un orden, las leyes pueden ser formuladas; los fenómenos observados y descritos por diestros observadores; pero esto no es más que el mecanismo. Identificar la fuerza animadora con el vehículo material equivale a embrutecernos y cerrar los ojos a la realidad. Nosotros no somos en realidad, sólo materia: empleamos la materia y la abandonamos. El cuerpo es nuestro instrumento, sólo dura breve tiempo y luego tiene que ser enterrado o quemado, entonces, ha cumplido su misión y sus partículas servirán para otro organismo”.

Finalidad de la encarnación

1. Obtener la separación del espíritu del mundo espiritual para limitar sus facultades con el objeto de adquirir nuevas experiencias.
2. Utilizar las vicisitudes del mundo corporal como medio para aprender y depurar imperfecciones que lleven al espíritu a la perfección.
3. Contribuir con la obra de la creación de los mundos.
4. Dar cumplimiento a la ley de causa y efecto, que armoniza todo el universo.
5. Experiencia en la materia con el fin de rectificar los propios errores.
6. Disposición a la vida encarnada como misión para auxilio de otros seres.

Estados vibratorios del alma

La vida es una inmensa vibración que llena el universo.

Cada espíritu tiene una vibración particular, según su grado de evolución. Ciertos aparatos registran una fuerza radiante que se escapa de cada ser y que varía, según su estado psíquico individual y particular en cada momento.

El ritmo de la vibración constituye la representación de sus valores intelectuales y morales.

Los espíritus que vibran al unísono se atraen y se aman.

La entidad psíquica penetra con sus vibraciones todo su organismo fluídico (periespíritu) y le da forma e imagen, constituyendo la representación exacta de su armonía personal y de su luz.

Durante la encarnación las vibraciones se reducen.

El foco interior proyecta al exterior una radiación debilitada.

Prevalece la conciencia de lo actual.

Se adormece y esconde lo inconciente aprendido durante milenios

Se establece una estrecha correlación entre la individualidad psíquica y el estado orgánico.

La memoria cerebral obtenida en esa encarnación pasará a formar la capa más nueva en el conjunto de capas de memoria de diferentes vidas. Gabriel Delanne la comparaba con las capas de un árbol.

En estados alterados de conciencia (autosugestión, sugestión externa, sonambulismo, etc.) los recuerdos de capas internas afloran.

La vida activa se centra en el periespíritu, la vida física queda suspendida gracias al cambio de la frecuencia vibracional.

Acelerando el ritmo, se restablece la relación entre la memoria cerebral y la de la conciencia profunda (hipnosis regresiva).

La conciencia profunda es el inconciente del individuo.

Las capas profundas del ser (inconciente) proclaman las faltas, las caídas y las adquisiciones acumuladas. Nada se pierde.

La vida del ser consciente es una experiencia de solidaridad y de libertad. Dentro del límite de las leyes universales y eternas.
Regida por la ley de justicia inmanente o ley de causa y efecto.
Sometida a la ley de educación y aprendizaje.
Estimulada por la ley del esfuerzo que conduce a la lucha contra lo que se opone, tanto exterior como interior.
Agujoneada por la Ley del progreso, en la eterna evolución.
La humanidad es el resultado de las almas que regresan de siglo en siglo.
Conducida por la ley de estética y armonía
Dirigida por la ley de evolución universal, que dio lugar al pensamiento, la conciencia y la libertad, después de muchos grados de elevación.
La embriogénesis y la filogénesis producida durante el proceso de encarnación del ser humano, es la síntesis de todas las formas vivas.
El carácter del ser humano es la imagen de la fuerza vital del espíritu unido a la materia, donde se resumen todos los elementos constitutivos del universo.
Protegida por la ley de percusión o influencia del mundo espiritual, comunicación que no se pierde durante la encarnación.

Significado de las aparentes tribulaciones durante la vida encarnada

Dolor

Todo sufre en la tierra, aunque haya sido creada por amor. Parece ser una contradicción formidable. Entonces: ¿Por qué el dolor?
No es más que la ley de equilibrio y de educación, que da cumplimiento a la ley de causa y efecto, que otorga a cada cual lo que merece.
Las faltas del pasado recaen sobre el espíritu y determina el destino.
Es el contragolpe de todo lo actuado.
El dolor y el placer son inseparables como formas extremas. Ambos son necesarios para la educación.
El dolor físico constituye la advertencia de la naturaleza por medio de las sensaciones. Epicteto afirmaba que es necesario usar bien la salud y la enfermedad.
El dolor moral es el resultado de la estimulación de los sentimientos.
En el sensorium íntimo ambas facetas del dolor se confunden.
Residen en nosotros mismos y no en el exterior, y es totalmente individual.
Epicteto: "Las cosas no son más que lo que nosotros nos figuramos que son".
Por la voluntad se doma el dolor y se torna provechoso.
La idea de la dicha y el dolor es variable según la evolución espiritual.
El progreso hace cambiar el aspecto de las cosas.
Si no existiese el dolor desaparecería el valor de soportarlo.
En un principio el ser humano se rebela frente al dolor, luego lo asume y luego lo aprovecha. Más tarde obtiene el resultado.
Estimula las fuerzas morales y libra de la pasividad y la inactividad.

Vejez

El cuerpo se vuelve más pesado y menos hábil.
Las degeneraciones y las enfermedades obligan a la inmovilidad.
Obliga a la reflexión, a entrar a la intimidad del yo, y a pasar revista de lo actuado.

Es una prueba necesaria para adquirir la madurez, la clarividencia de las cosas que coronarán la vida terrestre.

Si es dolorosa se depuran las imperfecciones.

Los recuerdos del pasado se unen con los del presente y forman un todo inseparable.

Muerte

Es el cambio de estado, la destrucción de una forma frágil, para abrirse otra fase de la existencia.

Es la conclusión de una obra programada.

El espíritu deja su envoltura, y se separa llevando en el periespíritu la carga de lo aprendido y las fallas que es necesario corregir.

Es un instante en la cadena de las existencias.

Es el principio de otra vida, que permaneció oculta durante la encarnación.

Se sepulta la materia ya inservible. Sócrates dijo: "Enterradme como queráis, si es que podéis alcanzarme"

La naturaleza espiritual no cambia con la muerte, se amplía con la libertad limitada antes, por la encarnación.

Todo lo que pueda aminorar los lazos con la materia hará más rápido y suave el desprendimiento.

Ética

Epicteto, filósofo griego seguidor de la escuela estoica, en el primer siglo de la era occidental afirmaba que "la voluntad es el bien inalienable del hombre. La dicha reside en el recto ejercicio de la voluntad. Sólo puede alcanzarse liberándose de las pasiones. Para obtener el equilibrio se debe conseguir el perfeccionamiento interior"

La ética es el instrumento rector para progresar y mejorar.

Para ello es necesario conocer las leyes universales.

Vivir dignamente

Combatir los defectos.

Evitar las debilidades.

Idealizar la existencia,

Generar pensamientos elevados y acciones nobles.

Conocerse íntimamente.

Entender que nuestra vida es nuestra obra.

Miguel Ángel adoptó como regla de conducta:

"Entra en ti mismo y haz como el escultor hace con la obra que quiere que sea bella: recorta todo lo que es superfluo, limpia todo lo que es sucio, lleva la luz a todas partes y no dejes cincelar tu propia estatua".